

Xavier Léon-Dufour

San Francisco Javier

Itinerario místico del apóstol



EDICIONES MENSAJERO



Sal Terrae

Indice

Prólogo	9
Nuevo Prólogo	11
Mapa de los viajes	16
Abreviaturas	18
Introducción	19
Los dos itinerarios	19
Las etapas del itinerario	23
Francisco Javier y la experiencia	25

PARTE PRIMERA

Su despertar a la confianza

1. Un hombre de deseos	31
¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero?	31
Grandes sueños	34
Sueño y realidad	38
El contagio del gozo	40
2. En la prueba	47
Los compañeros en la prueba	48
Hombres bien probados	56
Vanos fervores y realismo ignaciano	63
3. En la Compañía de Jesús	77
Un corazón tierno	78
Hacia la presencia mística de la Comunidad	82
La Compañía de Jesús	87
4. En el secreto de la noche	95
Hombre de oración	95
Vigilancia	100
Sentimiento de la propia miseria	105

PARTE SEGUNDA**La confianza puesta a prueba**

5. Un curioso nuncio apostólico	111
Los requisitos de la verdadera autoridad	112
El ejercicio de la autoridad	119
6. En un mundo hostil	129
"Por el señorío de los peces"	130
Como un peregrino	132
Los hombres son malos	134
Un lenguaje pintoresco	138
A pesar de la enfermedad	141
7. Al servicio del prójimo	147
El punto de vista del prójimo	148
Las delicadezas del corazón	156
Un buen pastor	160
Por la paciencia	164
Amar y ser amado	168
8. ¿Quién es mi prójimo?	175
El mundo y mi casa	175
Los poderosos y los humildes	180

PARTE TERCERA**Las profundidades de la confianza**

9. Hacia tierras aún más lejanas	193
La situación de Francisco Javier	195
La soledad de Francisco Javier	200
Muerte y vida	207
10. Camino de Japón	215
Preparativos	215
Huir de los colonos portugueses	217
Sed de martirio	221
Se acerca el combate	225
Duelo con Satanás	229
Acción de gracias	238

11. La Santa Pasión	245
El triunfo del domingo de Ramos	245
La ruta del "Santa Cruz"	249
En un islote desierto	253
Epílogo	259
La Santísima Trinidad en acción	259
El mensaje de Francisco Javier	261
Francisco Javier, a su hijo predilecto	264
Misiones y correspondencia	269
Bibliografía	271
Índice de nombres de personas, lugares y cosas	273

Prólogo

Gracias a un feliz concurso de circunstancias que sabemos fue dispuesto por el Señor, el héroe de esta historia recibió una misión maravillosamente adaptada a su temperamento. Por ello, a pesar de los escasos medios de que disponía, la realizó en cierta medida. Este feliz resultado obtenido en medio de increíbles dificultades galvaniza aun ahora los espíritus. Francisco Javier hizo retroceder los límites de la resistencia humana, avivó la imaginación adormecida, hizo latir con más fuerza muchos corazones: lo que hizo él, ¿por qué no lo he de hacer yo? Si hay un mito del misionero, lo encarna ciertamente Francisco Javier.

Pero por eso mismo un peligro amenaza, un peligro a quien, después de haberse dejado levantar en vilo por la atracción de la aventura, vuelve luego a sumergirse en lo cotidiano, en lo banal, en lo menos brillante. El mito Javier no producirá en su alma el efecto saludable de que es capaz, si no da con el punto de inserción en su propia existencia. Tal es el significado de este itinerario místico; es el propio de todo misionero y de todo cristiano, bien que en grados diversos en zonas más o menos profundas y en consonancia con las varias situaciones del hombre.

La epopeya de S. Francisco Javier continúa siendo, después de la de San Pablo, el prototipo de la vida del misionero aun del más humilde. Ha perdido, sí, su aspecto maravilloso; no queda ya mucho campo que desbrozar; pero aun así conserva su rasgo característico: el deseo apasionado de llevar la luz de Cristo a quienes no han recibido aún la Buena Noticia. Esta epopeya logra incluso poner de manifiesto, en el combate interior librado por Javier, el verdadero sentido y la naturaleza del apostolado en misión: las barreras que separan las civilizaciones ceden solamente ante los hombres espirituales en los que la gracia triunfa sobre el pecado.

Más aún, todo apóstol, aun el que no tiene que adaptarse a nuevas civilizaciones, se encontrará un día con el pasado de su prójimo, triste herencia de hábitos y pecados, que se le pondrá delante como un muro; ¿cómo logrará salvar ese muro, si no sigue el camino de redención recorrido por Francisco Javier en pos de Cristo?

En fin, es en sí mismo donde ha encontrado Francisco Javier el muro del pecado: en ese momento, todas las pruebas soportadas, todos

los servicios prestados parecen estar subordinados a este último objetivo, la purificación de Javier, del simple cristiano Javier. Su grandiosa aventura se convierte, guardando las debidas proporciones, en modelo de la aventura modesta de un fiel cristiano cualquiera. Francisco Javier permanece en el corazón de los cristianos, porque hace revivir ante sus ojos el misterio mismo de Jesucristo, nuestro Redentor y Señor.

Este ensayo no es una biografía del gran apóstol, en el sentido ordinario de la palabra: no se encuentra en él una relación detallada de sus correrías apostólicas. Tampoco se trata de una colección de anécdotas y de dichos notables, con miras a ilustrar las virtudes teológicas y morales conforme a un género literario que se conoce con la denominación de «espíritu de San Ignacio» o «espíritu del cura de Ars». Mira más que nada a presentar el alma del Santo en el desenvolvimiento mismo de su vida, a hacer revivir el itinerario que sigue Dios en el llamamiento, modelado y perfeccionamiento de un apóstol.

Está dirigido, ante todo, a los que han escuchado el llamamiento del Señor y se hallan deseosos de consagrarse a su servicio; pretende también ayudar a toda persona a admirar a Dios, el artista maravilloso que con el polvo y el barro modela obras maestras de humanidad y santidad. Quisiera incluso despertar en cada uno al apóstol y al santo que llevan dentro; y ¿quién sabe?, podrá tal vez inducir al lector a aceptar la idea de dejarse modelar por Dios.

Este trabajo utiliza únicamente los textos originales de Javier y las notas biográficas redactadas por sus contemporáneos, porque su intento es buscar el contacto inmediato con el Santo. Las citas son por consiguiente numerosas; las alusiones a las cartas van señaladas con una referencia, no ya por prurito científico, sino por recordar continuamente que en este libro es menester buscar no tanto la obra de un historiador cuanto la palabra misma de Francisco Javier.

¡Hacer hablar a un santo, intentar seguir por el interior de su alma su propio itinerario es una empresa más que atrevida! Lo que presentamos no es más que un ensayo; otros lo perfeccionarán.

Paray-le-Monial, diciembre 1944
Enghien, diciembre 1952

Nuevo Prólogo

Cincuenta años después, experimento de nuevo el entusiasmo que se apoderó de mí al leer las cartas de Francisco Javier. Son muchos los que, arrancándose a la amenaza de la rutina, han sentido el deseo de comulgar con la mística de la acción que encarna el Santo navarro. Francisco Javier no fue conducido a un monasterio silencioso, sino lanzado al torbellino de las tempestades y contradicciones. Se sumergió con Dios en el crisol de la prueba. Ahora bien, yo me he vuelto más sensible a las cuestiones que plantea el lenguaje en el que se expresaba Francisco Javier, y esto me ha hecho chocar con alguna que otra expresión o interpretación de la fe cristiana. Así pues, con motivo de esta nueva edición, quisiera prevenir a mis lectores contra la tentación de abandonar este libro en los polvorientos e intransitables caminos del pasado.

El primer obstáculo para un lector actual es la motivación que ha llevado a Javier a arrostrar enormes dificultades, pruebas innumerables y hasta la misma muerte. Sin duda, ardía en el deseo de llevar a lo lejos la luz y la paz de Cristo, pero lo expresaba como el deseo de convertir a las almas perdidas en las tinieblas de la idolatría. A sus ojos, los adoradores de ídolos estaban abocados al infierno. De ahí su prisa por enseñar las fórmulas de la fe y las oraciones; de ahí su frenesí por bautizar sin descanso. Su ideal parece confundirse con el de una cristianidad según el modelo europeo. De ahí su error manifiesto acerca de las diversas religiones: ¿Sakyamuni y Amida no son más que “puras invenciones del demonio”?

Esa mentalidad ha impulsado en otros tiempos de una manera más o menos explícita a generaciones enteras de misioneros y ha suscitado entregas generosas, pero también ha llevado al desconocimiento de la obra del Espíritu en las demás religiones. Ciertamente, fueron muchos los que intentaron conocer el valor de esas búsquedas del Dios verdadero, como lo hizo el propio sucesor de Javier, el P. Mateo Ricci y otros tras él, como el P. Lebbe († 1940). Pero hubo que esperar a las declaraciones del concilio Vaticano II y al encuentro oficial de Asís en 1988 entre jefes de diversas religiones para que se diera a entender que tal desconocimiento no era ya admisible.

Es cierto que Francisco Javier dice muy bien que los japoneses han conocido la "ley natural", pero considera que están condenados a la perdición si no se bautizan. No les reconoce el camino de salvación que, sin embargo, les abría S. Pablo¹. Por S. Juan² sabemos que todos los hombres que han reconocido al Logos divino pueden llegar a ser hijos de Dios, aunque no sepan que se hizo presente en el hombre Jesús. Al hablar de aquella manera, Javier utiliza sin duda el lenguaje de su época, y no es posible echárselo en cara; pero en ese punto no es digno de admiración. ¡Al contrario!

Tampoco merece la pena detenerse en las condenas lanzadas contra los bonzos; al igual que las que lanza contra los colonos portugueses, dichas condenas censuran a unos hombres que supuestamente se oponen a los designios divinos. Tal vez haya que atribuirles también a sus enfados, y no significan un rechazo radical de la religión, de la que algunos de ellos eran malos servidores. ¡Como si los sacerdotes indignos pudieran descalificar al cristianismo!

Tampoco sorprende que Javier desconozca los valores humanos de los "salvajes" con los que se encuentra: para las personas de su época, el universo se componía no sólo de dos clases de hombres —los fieles y los infieles—, sino también de dos categorías: los "blancos" (cultos como los japoneses) y los "negros" (como los indios); para propagar la fe en Cristo, soñaba con ir a China o a Japón para encontrarse con gente culta. Sin embargo su sueño no le impedía de ninguna manera entregarse a los enfermos, a los miserables, a los oprimidos que jalaban su camino y que le atestiguaban un amor extraordinario. Si tenía la mirada puesta en las elites, era en beneficio de todo el pueblo.

En esto último, Javier se presenta como un modelo, pero no ya en los motivos que lo llevan a su entrega generosa. Al contrario, nos ofrece la imagen inversa de lo que queremos ser. Si me siento llamado a llevar a tierras lejanas la luz del Salvador, no es para echar por tierra los altares que encuentre; tengo que encontrar la manera de integrar los valores de las demás religiones. Una tarea difícil, pero no imposible.

A pesar de esas expresiones obsoletas, el mensaje de Javier sigue cuestionándome. Su llamada a una confianza radical resuena con fuerza, y me reta a entrar en las profundidades misteriosas de la acción apostólica. Ahora bien, al término de su itinerario, Francisco Javier tropieza con Satán, el Adversario al que Dios solo puede vencer. A partir de 1545, atribuye sin cesar a los demonios las dificultades que encuentra, no sólo las tempestades, sino también la compañía del "Pirata" chino que lo conduce a Japón. Hoy no sabemos qué hacer con la figura de Satán. Ciertamente, hemos echado por la borda las representaciones de diablos con pezuñas, pero ¿qué debemos pensar de ese personaje de leyenda presente en el imaginario de los hombres?

¹ Rom 2, 12-16.

² Jn 1, 12-13.

He ahí un segundo obstáculo: estamos tentados de atribuir esa experiencia de Francisco Javier a una imaginación delirante, víctima de las antiguallas de una enseñanza para niños. Y sin embargo Francisco Javier se muestra lleno de sentido común y capaz de tratar firmemente sus asuntos con los colonos portugueses o de amonestar a algún jesuita por su conducta extravagante. ¿No constituye todo ello la señal de una experiencia real que debe ser examinada de cerca? Quisiera ofrecer algunas pistas de reflexión sobre este tema, no vaya a suceder que acabemos echando al bebé junto con el agua del baño.

Se impone un primer postulado, a saber que todo lenguaje sobre Satán supone admitida, en primer lugar, la existencia de Dios. Después es preciso examinar una supuesta evidencia de orden filosófico sobre la noción de "persona". Experimentamos la tentación de aplicar uniformemente tal noción no sólo a los hombres sino también a Dios y a Satán. ¿Es ello posible en realidad? ¿Esa categoría coincide con la de "individuo", como lo sugieren algunos diccionarios? No era así en el siglo IV, cuando el concepto de persona implicaba necesariamente una relación. Según esta manera de pensar, la persona es un "centro centrífugo": la relación que mantiene con el otro pertenece intrínsecamente a su propia naturaleza. Del hombre es preciso afirmar que existe esencialmente dentro de una relación con los otros y con Dios. ¿Qué habría que decir entonces de Dios y de Satán? Dios es el "personalizador", el que permite que la criatura llegue a ser una persona. El Adversario Satán es el "des-personalizador", el que se opone a la posibilidad humana de llegar a ser persona.

Para precisar de dónde viene el personaje de Satán, se puede hacer una investigación bíblica, pero también se puede apelar a la experiencia acerca de la presencia del mal en el mundo³. Todos los hombres reconocen la realidad de un poder maligno activo en este mundo, sin que sea necesario por el momento precisar su origen. Cuando el hombre se siente tocado por él, tiende a "personalizarlo", y evoca unas fuerzas "demoníacas". Por ejemplo, Ignacio de Loyola denuncia la acción del "mal espíritu" que se disputa con el "buen espíritu" el corazón del hombre. Tal cosa no sorprende al creyente que admite la "comunidad de los santos": de hecho, a sus ojos, la existencia cristiana tiene una dimensión comunitaria.

De una manera parecida, es preciso admitir la dimensión colectiva del pecado humano: cuando pecco, no sólo actúo contra el designio de Dios y contra mí mismo, también aumento el poder del mal en el mundo. Los pecados de los hombres, al acumularse, han configurado una fuerza que termina escapando al control de los individuos; continuamente reforzado por los pecados de cada uno, esta masa gigantesca

³ Es lo que yo he intentado hacer en una conferencia titulada "Satan et le démoniaque selon les évangiles", con ocasión del Congreso de Turín *L'autunno del diavolo*, Milán, 1990, p. 143-154.

de locura colectiva lo destruye todo a su paso. Pero no de una manera uniforme.

En efecto, hay que distinguir dos tipos de encuentro con el Mal. Todos los hombres están confrontados con las enfermedades, contrariedades y desgracias que ensombrecen su existencia; se sienten superados por una fuerza que los oprime. La mentalidad primitiva atribuye espontáneamente todas estas adversidades a las fuerzas demoníacas. Por ejemplo, en los evangelios, a propósito de la curación de un niño epiléptico, se dice sucesivamente que “sufre mucho” y que es víctima del demonio⁴. La frontera entre la enfermedad y la acción demoníaca no estaba todavía fijada. Lo que barruntaba el evangelista, lo viven hoy los exorcistas modernos, que frecuentemente recomiendan recurrir a médicos y psicólogos en lugar de a oraciones de liberación.

Ahora bien, al lado de estas manifestaciones benignas que, normalmente, pertenecen más bien al campo de la medicina que de la terapia religiosa, los grandes hombres espirituales hablan a veces de Satán como de un personaje que obstaculiza su proyecto de ajustarse a los designios de Dios. Jesús vio a Satán caer del cielo como un rayo⁵, los Padres del desierto afirmaban que eran continuamente tentados por el demonio, y Francisco Javier fue tentado en 1545.

Tal experiencia contiene dos características: estos hombres tienen una existencia de alcance universal, y se encuentran en la soledad. Nadie puede discutirlo en el caso de Jesús o de los monjes de la Tebaida. Por lo que se refiere a Javier, lo vemos cuando se retira a Santo Tomás de Meliapur en vísperas de llevar el evangelio hasta el fin del mundo, en una tremenda soledad, sin la menor ayuda de la obediencia y siendo duramente criticado por sus compañeros que lo tratan de giróvago. Su soledad no tiene nada que ver con la que se experimenta cuando uno se encuentra sometido a la mala voluntad de los vecinos, a la enfermedad o a cualquier forma de determinismo. Es la sensación de encontrarse aplastado, y sin el menor recurso, por el Mal universal, y de estar enfrentado con el Pecado del mundo. Cuando se cumplen estas dos condiciones –la dimensión universal de la actividad y la soledad absoluta del hombre–, el Mal puede personificarse auténticamente en Satán. Para permanecer fiel al proyecto de Dios, una persona acepta el reto de “Satán”.

¿Hay que negar la existencia de Satán? Ello equivaldría a ignorar la connivencia que el Mal, bajo sus diversas formas, encuentra en cada uno de nosotros; sería ignorar el carácter universal del poder de división del que nosotros mismos somos víctimas y que contribuimos a mantener por nuestras malas acciones. El lenguaje con el que nos expresamos puede variar según las épocas. Algunos siguen hablando de Satán como de un individuo nefasto, otros entienden que es la personificación

⁴ Mt 17, 15 s. y Mt 17, 18.

⁵ Lc 10, 18.

del Mal universal. Poco importa. Lo esencial, a los ojos del cristiano, es que Jesús lo ha echado por tierra. Aunque el "Príncipe de este mundo" siga actuando hoy todavía de diversas maneras, sin embargo nuestra victoria es ya segura.

Una vez admitidas estas dificultades, el lector del itinerario de Francisco Javier se dejará arrastrar por esta aventura de la confianza total en Dios. No es que vaya a imaginarse necesariamente que se encuentra en duelo con Satán, pero sí descubrirá el papel que juega el "sentimiento de miseria" que Ignacio de Loyola reveló a Francisco Javier, su hijo predilecto, "la llaga y postema"⁶ que es el corazón de todo hombre no habitado por Dios. Empapado en este sentimiento de miseria es como Francisco Javier accede a la libertad apostólica. El polvo del que hemos sido creados se ha convertido en fango pútrido, pero el Espíritu que le ha sido comunicado debe triunfar en quienes, reconociendo su miseria, no pueden ya sustraer nada a la gloria de Dios. Este es el auténtico agustinismo de Javier...

A quienes lo ignoran, esto les puede parecer un pesimismo de mala ley, como si se pretendiera afirmar que nada bueno puede salir del hombre. No se trata de eso. En la buena acción, es imposible distinguir la "parte" respectiva de Dios y del hombre, ya que toda ella es de Dios y del hombre. Esta "sinergia" de Dios y el hombre es la base de la concepción cristiana del hombre, es la de Javier y la de todo apóstol.

No me ha parecido necesario alterar las expresiones exageradas de Javier, esperando que el mismo lector haga el indispensable esfuerzo de adaptación para recoger los sabrosos frutos de la experiencia de Francisco Javier, el apóstol.

*Centro Sèvres, París,
en la fiesta de Francisco de Asís,
4 de octubre de 1996*

⁶ Ejercicios Espirituales, nº 58, 5º.